



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLVIII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM. 13995

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la PENÍNSULA: Un mes, 1'50 ptas.—Tres meses, 4'50 id.—EXTRANJERO: Tres meses, 10 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 15 de cada mes.—La correspondencia a la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR, 24

MIÉRCOLES 22 DE JULIO DE 1908

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Correspondientes en París: Mr. A. Lorette, 14, rue Rougemont; Mr. J. Jones, 31, Faubourg-Montmartre.

Decíamos ayer....

En nuestro editorial del lunes ocupándonos de la carestía que en Cartagena vienen sufriendo los artículos de primera necesidad sin razón ni causa que lo justifique, afirmábamos que esta desdichada ciudad, está atravesando actualmente un periodo terrible de miseria, pues existen muchos centenares de obreros sin trabajo que buscan desesperadamente medios para atender a su subsistencia.

Para robustecer más esta afirmación nuestra, tropezamos con el estado de raciones despachas por la Tienda Asilo, durante los meses de Mayo y Junio y una realidad aterradora se ofrece a nuestra vista demostrándonos que el hambre, la miseria va en aumento de día en día alcanzando cifras verdaderamente desconsoladoras.

En el mes de Mayo, despachó aquél benéfico establecimiento 6.040 raciones, en el de Junio las expensas se elevan a 7.620.

Es decir que de un mes a otro ha aumentado el racionado en 1.580 bonos, ó sean 1.580 pobres de solemnidad más que el mes anterior.

Esta cifra que entristece y abruma el espíritu, justifica nuestra protesta—que es eco fidelísimo de la protesta general—sobre el aumento de precio en los artículos de primera necesidad.

Fijense en ella nuestras autoridades y con la mano puesta sobre la conciencia consideren que es un atentado de lesa humanidad, permitir que los comerciantes eleven los precios de ciertos artículos, hoy que tan penosa se hace la vida en Cartagena.

Notas alegres

ACTUALIDADES

A medida que se aproxima el día señalado para la inauguración de la feria, va aumentando la animación y ya podemos decir, que se encuentran ocupadas casi todas las casetas que provisionalmente se levantan por esta época en el muelle de Alfonso XII.

En esos establecimientos portátiles, ya lucen los muñecos, sus grotescos trajes, los caballos de cartón sus largas colas de estopa, sus arrugas, los dátilos de Berbería, su blancura mate los torraos pasados ó sin pasar sus irradiaciones las leontinas de doble y sortijas de oro de helón y sus redondeces los mechones de agua y de año, en fin, que las casetas presentan ya el mismo aspecto como si fuéramos verda marítima y fuegos de mar y tierra.

Y como nos encontramos ya, en pleno período de calor y la feria, acuden a esta hospitalaria población los bañistas, y feriantes sin puesto fijo, que lo mismo escamotean una petaca sea ó no de piel, que un alfiler con brillantes ó piedras de lumbre.

Por todas partes ya funcionan los vendedores de elixires más ó menos perfumados, los comisionistas de boquillas, los vendedores de molinos de viento, los que extraen los incisivos caninos y molares al aire libre y sin dolor; los comerciantes en manzanas arripas y otros mil industriales de avenida; y así es, que Cartagena va teniendo el aspecto animado que todos los años presenta con ó sin festejos durante los meses de Julio y Agosto.

Estamos pues en vísperas de nuestra clásica feria, y hay que ver la

exposición de juguetes de real y medio que ha quedado instalada en el muelle de Alfonso XII.

OTEMA

Mendigos famosos

Se supone que el mendigo más rico del mundo es Simón Opten, que pide limosna en París, habiéndose dedicado a tan cómodo oficio por la sencilla razón que nació sin brazos ni piernas. Hace 25 años, Simón poseía ya una fortuna de 75.000 duros, y ocho años más tarde, entre limosnas y timos consiguió que su capital llegase a 325 000 duros. Se cree que hoy posee el doble ó triple de esa cantidad.

Pero no es este el único «pobre» rico. En Agosto de 1904, murió en Niza un viejo judío ruso, Fidler, y mendigo, llamado Abrahám Coder. Se dedicaba a la mendicidad desde niño, y después de hacerse popular en las calles de París y en las principales playas de la Riviera, se fue a pedir limosna en Monte Carlo. Sacaba mucho dinero, pero no disfrutaba de él, porque cuanto más rico era más miserable entre vivía, tanto que a su muerte se dijo que había fallecido de hambre.

Fidler dejó 400 000 duros, que legó íntegro a Lord Rothschild, con este proverbio popular: «Dinero llama dinero».

Desde los tiempos de la Corte de los milagros, París ha sido siempre la capital de los mendigos; la policía parisense puede contar acerca de ellos cosas curiosísimas. Tal vez una de las historias más extraordinarias es la de Henri Bompard, que hace tres años fue detenido por atacar con su muleta a un sejeo que no le había querido dar limosna. Los agentes de policía le registraron, y bajo sus andrajos encontraron un saco de cuero del que cayó verdadero torrente de piedras preciosas. Había allí montones de diamantes, rubíes, esmeraldas y perlas. No pudiendo figurarse ni por un momento, que aquello fuese legítimo, le amaron los guardias a un joyero para que examinase las piedras, y después de mirarlas detenidamente, el industrial afirmó que ni una sola de ellas era falsa y que estaba dispuesto a pagar 130 000 francos por ellas.

En Madrid tenemos muchos mendigos populares; París cuenta también con los suyos, algunos de los cuales se han hecho verdaderamente famosos. Uno de ellos es el «pobre ciego» del puente del Carrousel, ciego auténtico, pero que no tiene nada de pobre. Otro es un anciano de encrespada cabellera, verdadero sosias del periodista Rochefort, lo cual le ha valido el nombre de «padre Rochefort». Se cuenta que el escritor le ofreció en una ocasión 250 francos a condición de que se cortase el pelo, se afeitase ó alterase su fisonomía; pero el mendigo no aceptó aquel trato, que probablemente habría acabado con su popularidad.

En América, la metrópoli de los mendigos es Nueva York; su número llega allí a unos dos mil, y durante las fiestas de Navidad se supone que la población injerte en limosnas 10.000 dollars diarios. De estos pobres de Nueva York, uno de los más conocidos, es el que se da a sí mismo el nombre de «barón von Manteuffel». Ha adoptado este título porque no pide limosna más que a la gente rica a Pierpont Morgan, a Schawab, a Whitney y a otros personajes por el estilo. En una ocasión fue a ver a Whitney en su propia casa, y contándole una historia triste, consiguió sa-

carle una buena limosna, y que además le llevase a la estación en coche.

«En cambio—cuenta el mismo barón de guardarropa.—Mr. Morgan me dió una limosna una vez, pero de un modo que disgustó, como quien tira un hueso a un perro. Algo parecido me ocurrió con Mr. Schawb. Cuando oyó mi historia me dió un dollar. ¡Un dollar! ¡Fíjense bien! ¡él que es tan rico! No volveré a verle».

Este mendigo aristocrático tiene sus tarjetas, unas con el nombre de barón von Manteuffel, otras como del profesor Whitney von Humboldt. Realmente, no es un mendigo en el verdadero sentido de la palabra, sino algo por el estilo de lo que nosotros llamamos un sablista.

En Harlem fué detenido hace seis años, un mendigo italiano llamado Francisco Gorgio, entre cuyos harapos se encontraron 150 duros en monedas y un libro de cheques indicando que tenía en el Banco 12 000 duros. Con el mayor cinismo, el mendigo dijo que había tenido más todavía pero que había enviado 2.000 duros a una hija que tenía en Roma y que se iba a casar con un conde.

Por ricos que sean algunos mendigos de hoy, ninguno merece el título de rey de los mendigos, como lo merecía Claus Patch, famoso en Inglaterra a principios del siglo XVIII bajo el honroso título citado. Poco antes de morir en Londres, Patch fué conducido en una camilla a presencia de centenares de pobres llegados de todos los barrios de la metrópoli. Incorporándose sobre sus almohadas, el anciano rey de la miseria dirigió a sus súbditos un discurso de despedida, dándoles consejos sobre la conducta que debían seguir cuando él faltase. Hablando de la gente a quien pedían limosna, dijo: «Por cada uno que da por caridad, hay quinientos que dan por ostentación». Probablemente decía la verdad.

Al entierro de Patch asistieron mendigos de toda Inglaterra, y poco después elegían como sucesor del difunto a Bampfylde Moore Carew, verdadero Frégoli de su época, que conseguía sacar abundantes limosnas con su habilidad para disfrazarse y aparecer bajo distintos aspectos. El nuevo rey era hijo de un pastor protestante; llavado de su carácter aventurero, cuando contaba quince años de edad, se esca-

pó un día de la escuela y se reunió con los mendigos para no volver a separarse de ellos.

Otro pobre famoso en Londres, fué Jeffrey Dunstan, que se daba a sí mismo el nombre de «calca de Garrat», un suburbio de la capital de Inglaterra. Su fama dependía del hecho de ser enano y de aspecto muy grotesco, y de la facilidad con que inventaba cantares satíricos.

Pero el más famoso de los mendigos ha sido seguramente Beppo, el rey de los pobres de Roma que hace treinta y cinco años pedía limosna en las escaleras de la plaza de España, y a quien conocía hasta el mismo Papa. Era moda darle dinero, y jamás pasaba por su lado un príncipe ó un cardenal sin echarle una moneda, diciéndole a la vez alguna palabra cariñosa. Al anochecer, llegaba al pie de las escaleras un horriquito lujosamente enjazzado y conducido por un criado de librea, Beppo, que estaba impedido y andaba arrastrándose con ayuda de unos tarugos de madera, bajaba casi rodando los escalones, el criado le subía sobre el asno, y emprendían la marcha hasta llegar a una de las mejores casas de uno de los principales barrios de Roma. Deteníanse en la puerta, y un criado salía para bajar de su montura al rey de los mendigos y meterlo en la casa, donde vivía con todo lujo.

Beppo estaba muy rico. Era muy listo, y sus ingeniosas frases le granjeaban la amistad de todas las clases sociales. Los días de fiesta, daba un banquete a unos cuantos amigos, en su mayor parte mendigos. Entendía mucho de negocios, y no pocos industriales tenían depositadas en él su confianza y acudían a su lado solicitando sus consejos.

DE LA REGION

Ha fallecido en Orihuela el elocuente orador sagrado D. José Martínez Pujol.

Su muerte ha sido generalmente sentida en dicha ciudad, donde gozaba de infinitas simpatías por sus relevantes virtudes.

Ante la sección primera de la Audiencia provincial se ha visto hoy una causa precedente del juzgado de

Cartagena, contra Si vestre Gómez, por disparo de arma de fuego.

Ha sido nombrado Inspector de segunda clase del monopolio de cerillas de esta región, con el haber anual de 2 475 pesetas, D. Casimiro Carranza Lorenzo.

Según leemos en la prensa de la vecina capital, el entierro de Don Eduardo Marín Baldo, verificado ayer en Murcia, constituyó una inmensa manifestación de duelo, testimonio fiel de las infinitas simpatías de que gozaba el finado.

BOLSA DE MADRID

(De nuestro servicio particular)

IMPRESIONES

En el Consejo de ministros celebrado esta mañana quedó ultimado el proyecto sobre circulación de moneda de plata que se leerá esta tarde en el Congreso. Según referencias autorizadas, el proyecto comprende la recojida de la moneda de 5 pesetas circulante, sin perjuicio alguno para el público, efectuando el Gobierno la reafiliación de la que considere ilegal.

Este asunto y el de la crisis son los que por el momento absorben la atención del público. Respecto al segundo extremo, parece que el Sr. Maura tropieza con algunas dificultades para hacer aceptar la cartera de Hacienda al Sr. Besada y se dice que, si este insistiera en su negativa, probablemente sería el Sr. Bergamín el que entrara en dicho departamento.

La Bolsa, a'go floja, más por la falta de negocio que porque le preocupe la cuestión política, no sostiene con entereza los cambios del sábado. El Interior, al contado y a plazo, pierde 5 céntimos, lo mismo que el Amortizable viejo; el nuevo retrocede 0,10 por 100; el Banco de España un entero y os demás valores se mantienen firmes, en particular las Azucareras Preferentes que se colizan a 102,75 y 80 al contado y a 103,25 al próximo.

Los francos, en baja, cierran a 112,35 contra 102,80 el sábado y las libras, a 28,21 en vez de 28,27.

Bilbao.—Empréstito, 88 por 100, Almacenes, 117; Saberos, 100; Ferroca-

Biblioteca de EL ECO DE CARTAGENA 40

penos: pro ba; la pobre vieja sufrió registros, aco-
esiones, delaciones... hasta que, por fin, tuvo que
refugiarse en su dignidad de viuda inconsolable,
para hacer frente a la hostilidad universal.

La señora Skinner volvía los ojos — que tra-
taba de tener llenos de lágrimas — hacia la in-
dignada esposa de la casa grande, mientras se
enjugará las manos, que le chorreaban lagr.

— Su señora olvida lo que yo estoy pasando—
decía.

Y proseguía en este tono de atención, con cierta
desconfianza.

—En «el» pienso siempre, de día y de noche.

Luego, apretaba los labios y su voz bajaba de
tono al decir:

—Siéntese la señora.

Y habiéndose ya asegurado en ese terreno, repe-
tía la afirmación rechazada anteriormente por su
señoría.

—Yo, señora, no tenía más idea que la que pu-
diera tener otra persona respecto a lo que le daba
al niño.

La señora imprimía a su pensamiento una di-
rección más alta, pero sin dejar por eso de re-
gañar de un modo tremendo contra Caddles.

Emisarios amenazadores penetraron en la ya
tumultuosa vida de Bennington y Redwood: se
presentaron como conejales del Ayuntamiento

EL ALIMENTO DE LOS DIOSOS 37

obscuridad a lo Rambrat, el niño gigante, sin
otro vestido que una faja de frazuela y sentado en un
gran haz de paja, jugaba con sus preciosas pier.

— Ahora empiezo a ver lo que hemos hecho —
murmuró Redwood.

Seguía pensando, y su propio hijo, y el niño
Caddles y todos los de Cosnar, se mezclaron en su
reflexión. Luego se echó a reír de pronto y dijo,
respondiendo a alguna idea extraña:

— ¡Dios mío!

Hasta que, volviendo a la realidad, se dirigió
a la Sinner y le dijo:

— Sea lo que fuere, no hay que atormentar al
niño con una interrupción del alimento. Esto,
bien lo podremos evitar. Yo le mandaré a usted un
bote cada seis meses. Eso le vendrá perfectamente.

La señora Skinner murmuró algo parecido.

— Si a usted le parece, señor...

Y añadió luego:

— ¡Como probablemente empaqueté por equivo-
cación!... Además, no creí que pudiera perjudi-
carle dándole un poco...

Y al propio tiempo le indicaba a fuerza de
variados y temblorosos gestos, que le comprendía.

El niño siguió creciendo, jorjorando siempre.
— ¡En realidad, ese chico se ha comido todas
las terneras de la localidad! — decía la señora
Wondershoot. — ¡Si dieran todos en obsequiarlos
como Caddles, con otros de la misma especie, me
drados estaríamos!